

dad en toda el Asia. Interrogó él mismo á un mercader llamado Máximo, y quiso presenciar la tortura. Despues que Máximo sufrió por algun tiempo el tormento del caballete, le dijo el Procónsul: „reconoce ahora la locura de tu obstinacion, y sacrifica á lo menos para librarte de la última desgracia. El Mártir respondió: ya me libro de ella no sacrificando, y si lo hiciera me condenaba á la suerte mas atróz; ni vuestras uñas de hierro, ni vuestras planchas ardientes son capaces de ofender al que anima la gracia de Jesucristo.” Óptimo entonces le condenó á ser apedreado; é inmediatamente se egecutó la sentencia. Mandó el mismo Procónsul quitar la vida del modo mas bárbaro á un jóven de Lampsaco, llamado Pedro, tan recomendable por su buen talento como por su raro ingenio; de cuyas prerogativas únicamente se valió el admirable Confesor para confundir con mas fervor al tirano, que le instaba sacrificase á la diosa Venus. Apretáronle de tal modo el cuerpo con tablas de madera y lazos de hierro, que todos sus huesos quedaron rotos y cuasi molidos.

Óptimo pasó despues á Troade, donde le presentaron otros tres Cristianos llamados Andrés, Pablo y Nicómaco, que confesaron intrépidamente el nombre de Jesucristo; y aun Nicómaco lo egecutó con un ardor imprudente y contrario á las reglas del Evangelio. Hizole atormentar el Procónsul con el mayor rigor, hasta reducirle al extremo de perder cuasi la vida. Pero entonces perdió la paciencia el desgraciado Nicómaco, y apostató vergonzosamente gritando: *no*

fui jamás Cristiano, voy al punto á sacrificar. Mandáronle desatar; mas apenas sacrificó cuando le acometió un violento frenesí, revolcóse por el suelo, se golpeó furiosamente la cabeza, se cortó la lengua con los dientes, y despues espiró dejando horrorizados á todos los que presentes estaban.

44. Al verle morir de esta suerte una jóven Cristiana de solos diez y seis años llamada Dionisia, exclamó: *¡ó miserable, que por un instante de alivio te precipitas en el infierno!* Óptimo ordenó que la trajesen ante él, y la amenazó con que la mandaria quemar viva y la haria padecer otros tratamientos mas temibles para una virgen Cristiana, si no sacrificaba igualmente. Dionisia respondió: „mi Dios me dará fuerzas para vencer vuestros artificios y violencias; y así no temo vuestras amenazas.” Mandóla el Procónsul entregar á dos jóvenes disolutos, que la llevaron consigo; pero el mismo Señor fue el vigía de su honor, de tal modo que los que habian pretendido desflorarla se vieron precisados á recurrir á sus ruegos é intercesion. Fueron abandonados al dia siguiénte Andrés y Pablo al furor del populacho, que los apedreó; y oyendo Dionisia el ruido se escapó de entre sus guardias, corrió al lugar en donde estaban los Mártires, y habiendo llegado á noticia del Procónsul la mandó cortar la cabeza.

La causa de que se sacrificasen en diversos lugares del Asia otras muchas víctimas, fueron la supersticion y la adulacion. A San Cuadrato despues de hacerle sufrir esquisitos tormentos le cortaron la cabeza

en Nicomedia : á los Santos Trifon y Respicio en Nicea : al ilustre mártir San Cristóval en Licia : á San Mercurio , oficial muy adelantado en el servicio militar , en Cesaréa de Capadocia ; y en Éfeso á los siete hermanos durmientes , llamados así porque en odio de su espontánea confesion los encerraron vivos y privaron de todo socorro humano en una caverna inmediata á la ciudad , donde durmieron en el Señor ; segun su leyenda , esto es , murieron. A estos se les dió el nombre de los siete durmientes cuando se hallaron sus cuerpos cerca de doscientos años despues ; y algunos autores griegos amigos de todo lo extraordinario , pretenden que despertaron entonces delante de un gentío numeroso , y que habiéndose arrodillado todos juntos dieron de nuevo el espíritu al Criador.

45. El triunfo de Santa Águeda en Catania de Sicilia no fue menos glorioso ; la que se distinguió tanto por su amor á la virginidad , como por la viveza de su fe. Las particularidades que se refieren en sus actas , seria de desear que estuviesen mejor comprobadas ; pero los monumentos mas famosos de su culto , entre otros un himno compuesto en alabanza suya por el Papa San Dámaso , y un prefacio por San Gregorio , prueban hasta la evidencia cuán digna es de la nombradía que se ha adquirido en la Iglesia. En Toscana triunfó Santa Victória (*).

(*) En la persecucion misma de Decio padeció el martirio Santa Marta Virgen y Mártir de Astorga. De ella habla el Maestro Florez en el tomo 16 de la España Sagrada , tratado 56 , ca-

46. Hubo tambien en Alejandría una multitud de Mártires , los primeros de los cuales fueron Juliano y Euno. Juliano era un viejo achacoso , y se veía tan afligido de la gota que ni podia andar , ni tenerse en pie. Pusieronle con Euno sobre un camello á cada uno , y se les paseó por toda la ciudad azotándolos cruelmente , y despues de esto fueron arrojados en una grande hoguera cercada de la multitud de pueblo , que asistia á este espectáculo con una bárbara alegría. Asociáronles otros muchos Cristianos que se encontraban presentes ; sin otras motivo que porque no aplaudian esta inhumanidad ; y entre otros cuatro mugeres llamadas Melania , Dionisia , y otras dos que tenian el mismo nombre de Amonaria , todas las que merecen los mayores elogios por la fortaleza que mostraron infinitamente superior á su sexo.

Fue tomando pábulo la persecucion del mismo modo en la provincia de África , en donde por la llegada del Procónsul se hizo mucho mas cruel de lo que habia sido bajo los Magistrados ordinarios de Capitulo 8 , y fija su martirio en 23 de Febrero , en el mismo que hoy se celebra y en que le puso Baronio despues de su primera edicion : y el Breviario antiguo de Astorga manuscrito en virela , que parece puede atribuirse al siglo 13 , tambien pone su martirio en dicho día. Yo no tengo documento fijo , dice este sabio escritor , para decir que padeció en España. Pero los Bolandos admiten que padeció en Astorga , refiriéndose sin duda alguna á las actas de Tamayo , que sacó de un antiguo manuscrito de la Biblioteca de D. Diego de Arce Reynosa , Obispo de Plasencia. *Quia vero in actis dicitur hæc sub Paterno in Hispaniis , eo quo Decius mortuus est anno , percutio extitisse , martyrium S. Marthe referendum est ad annum 251 &c.* (1)

tago que la comenzaron. Púsose aquí el mayor cuidado en variar y prolongar los tormentos, repitiéndolos tantas veces que no quedaba miembro alguno entero á los Mártires, ni se podia ya herir sino en las mismas heridas. Las prisiones por fin no bastaban para contener la multitud de Confesores que condenaban en ellas á morir de hambre y de sed.

47. Mas no hubo en parte alguna confesion mas célebre que la de Acacio, Obispo de una ciudad de Antioquia, distinta de la de Antioquia de Siria, aunque se ignora en qué provincia de Oriente estaba situada (1). No pudo menos de quedar admirado el Emperador, á quien el Consular Marciano creyó debia hacer la relacion que sigue respecto de este Santo. Ofrece esta relacion que está revestida de todos los caracteres de la autenticidad, y sacada sin duda de los registros públicos, una de las pruebas mas convincentes del cumplimiento de aquella promesa divina, que el Espíritu Santo hablaría por boca de los que fuesen acusados ante los tribunales por el nombre de Jesucristo, y les inspiraría una sabiduría á la que no podrian resistir sus contrarios.

El Consular empezó diciendo á este admirable Confesor: „vosotros debeis amar nuestros Príncipes, ya que vivís bajo las leyes romanas. ¿Quién, respondió Acacio, los ama mas que nosotros? Sin cesar pedimos á Dios por ellos, por la prosperidad de su reinado, por la gloria de sus armas, y generalmente por todo lo que les interesa. Marciano dijo: sacrificad

(1) *Act. sincer. Martyr. ann. 250.*

pues al Emperador para que tenga esta prueba mas de vuestro afecto y respeto. Respondió Acacio: nosotros damos de corazon al Emperador todo lo que le debemos, pero ningun derecho tiene para exigir de nosotros sacrificios: porque ¿quién sacrificará á un hombre mortal, reflexionando que hoy manda y mañana recibirá tal vez el golpe de la muerte? El Emperador está como nosotros sujeto á Dios, y no es permitido tributar honores divinos sino al Señor inmutable y soberano del cielo y tierra, ante el cual deben temblar todos los demás potentados.

Marciano que gustaba de raciocinar y buscaba una ocasion de combatir ventajosamente los principios del cristianismo, preguntó: „¿quién era ese Dios? pues deseaba conocerle. Ojalá, dijo Acacio, que le conocierais en efecto, pero de modo que os fuese provechoso y saludable! Marciano respondió: ¿decid pues quién es? El hijo de Abraham, Isaac y Jacob, replicó Acacio. ¿Son tambien dioses esos que nombrais, dijo Marciano? No, respondió Acacio; mas el que se dignó mostrarse á estos santos varones es el verdadero Dios á quien debemos temer. ¿Cuál es pues su nombre? prosiguió Marciano. Acacio conforme á la regla enseñada por Orígenes, citó tan solo los nombres que Dios toma en las sagradas Escrituras. Entonces, replicó Marciano, ¿qué quimeras os tienen preocupado? Dejad las cosas invisibles y honrad mas bien á los dioses que podeis ver con vuestros ojos. ¿Qué dioses son los que me proponéis, dijo Acacio? Sacrificad, respondió Marciano, á Apolo que nos guar-

da de las epidemias y de la hambre, y gobierna todo el mundo. ¿A quién, replicó Acacio, á ese Apolo que abrasado en un amor impuro persiguió al tímido objeto de su pasión, sin preveer que al cabo quedarían frustrados sus intentos? ¿Adoraría yo á los que tendría vergüenza de imitar, y á cuyos imitadores castigariais vos mismo? Marciano dijo: todos los Cristianos acostumbran á responder lo mismo; pero es necesario venir conmigo á sacrificar al grande Júpiter y á la divina Juno, para celebrar despues alegre y jovialmente el solemne convite. ¿Por qué he de honrar como dios, respondió Acacio, á aquel cuyo sepulcro está constantemente en Creta? ¿Ha resucitado por ventura? Cesad de hablar, dijo entonces Marciano, es preciso sacrificar ó morir. Este es, replicó Acacio, el argumento mas convincente; los bandidos de Dalmacia no discurren mejor cuando en la espesura de un bosque exigen del miserable que cae en sus manos el dinero ó la vida. Hasta ahora no habiais mostrado tan poca equidad y razon. Mas poco me importa; podeis, sí, matarme, mas no convencerme ni aterrarme: las leyes condenan el adulterio, el latrocinio y el asesinato; si he cometido alguno de estos delitos yo soy el primero que me condeno; pero si se me castiga porque amo al verdadero Dios, la voluntad absoluta del Juez, no la ley, es la que me condena: y mirad que haciendo esto os haceis indisculpable, porque cada uno será juzgado segun juzgare á los otros. De este modo hacia Acacio el papel de Juez por la fortaleza de su espíritu, ó por mejor

decir, del espíritu de Dios que le inspiraba, y el que se titulaba Juez hacia el de reo. Respondió pues Marciano muy perplejo: „yo no tengo orden para examinar tantas cosas, sino solo de reducirlos á la obediencia ó castigarlos. Y yo, dijo Acacio, no puedo, y me causa horror renegar de mi Dios. Si vos os creeis ciegamente obligado á seguir de todo en todo la voluntad de un hombre que presto morirá como todos los demás, y como todos será alimento de gusanos; ¿cuánta mas razon debo obedecer yo al Dios. Todopoderoso é infinitamente sabio, que amenaza á los que le niegan delante de los hombres con desconocerlos en la corte celestial, cuando venga con toda la magestad y terribleza de su gloria á juzgar á los vivos y á los muertos.”

Creyó el Consular, que se suponía con talento suficiente para argumentar, y con bastante conocimiento de la doctrina de los Cristianos para convencerla de errónea y extravagante, sacar mejor partido de lo que acababa de decir Acacio. „Tales son, replicó, las ideas insensatas de vuestra secta, y yo deseaba oirlas de vuestra boca. ¿Conque Dios tiene un hijo, segun vosotros? Sí, respondió Acacio. ¿Quién es, preguntó Marciano? El Verbo de verdad, la palabra de gracia, respondió Acacio. ¿Es ese su nombre, replicó Marciano? Hasta ahora no me lo habiais preguntado, dijo Acacio. Nombradle pues, prosiguió Marciano. Llámase Jesucristo, dijo Acacio. ¿De qué muger lo tuvo Dios, añadió Marciano? No debemos discurrir de Dios como de los viles mortales: formó el cuerpo del pri-

mer hombre, y despues le dió la vida y el espíritu: así engendró á su Hijo de una manera en un todo espiritual, pero necesaria, produciéndole de su propio corazón, como lo enseñan nuestras divinas Escrituras. ¿Luego Dios es corpóreo, replicó Marciano? ¿De dónde lo inferís, dijo Acacio, pues nosotros le reconocemos invisible? Él solo se conoce con toda perfección: pero nosotros no por eso estamos menos seguros de su virtud y poder. Marciano dijo: si carece de cuerpo, tampoco tiene corazón ni inteligencia, porque esta y el pensamiento no pueden hallarse donde no hay sentidos. La inteligencia, respondió Acacio, no toma su origen en nuestros miembros, Dios es quien nos la da; y el cuerpo y el espíritu nada tienen de comun sino por la voluntad omnipotente del Criador.

Volved, dijo Marciano entonces, abandonando un medio que le era tan poco feliz, volved los ojos á los Catafrigos que eran Cristianos, y hoy sacrifican con nosotros; imitadles pues, juntad á todos los Cristianos de la ley Católica, y haced que abracen la religion del Emperador. Acacio respondió: yo no soy su dueño, es Dios: ellos me escuchan y dan crédito cuando los dirijo á la virtud, pero si los indujera al pecado me despreciarian con razon. Decidme todos sus nombres, dijo Marciano. Están escritos, respondió Acacio, en el libro celestial. ¿Dónde están, prosiguió Marciano hablando de los Sacerdotes, vuestros compañeros los Magos y los Doctores de este error tan artificioso? Otras faltas tenemos, dijo Acacio, de

que acusarnos delante de Dios; mas por lo que toca á las evocaciones infernales y á las observancias ridiculas de la magia, las hemos considerado siempre como despreciables: de Dios solo alcanzamos estas maravillas de gracia y beneficencia que nos veis obrar. Preciso es, dijo Marciano, que seais unos Magos muy hábiles, pues habeis logrado infestar todo el Imperio con esta Religion loca y perniciosa. Nosotros, respondió Acacio, desengañamos á los hombres acerca de estos fantasmas de divinidades, á quienes teneis la debilidad de reverenciar y temer, despues de haberlas hecho vosotros mismos. Decid los nombres que os he preguntado, dijo Marciano, si quereis libertaros del castigo. Acacio le respondió: esperais vencerme si somos muchos, cuando no podeis vencerme á mí solo? Si es mi nombre el que quereis saber no tengo dificultad en decíroslo: comunmente me llaman Acacio, pero mi nombre propio es Agatangio, y mis compañeros que veis aquí son Pison, Obispo de Troya, y el Sacerdote Menandro: no me preguntéis mas, y haced lo que mas fuere de vuestro agrado. Al fin terminó Marciano su interrogatorio diciendo: daré noticia de todo al Emperador, y mientras decide os quedareis en la cárcel."

Remitió pues el proceso al Emperador Decio, quien no pudo leerle sin admirar las respuestas del Santo, como lo dió á entender sonriéndose repetidas veces durante la lectura: y mandó que se le diese libertad, trasladando á Marciano al gobierno de Pamfilia. Convirtió á muchos infieles el generoso prisionero, des-

pués de haber salido de la prision, señalándose tanto por su santidad y milagros como por su doctrina y sabiduría; y finalmente murió en paz. Honra la Iglesia la memoria de este ilustre Confesor el dia treinta y uno de Marzo.

Otro Confesor hay, si no debemos mas bien apellidarle Mártir, cuyo nombre merece igualmente ser distinguido entre los otros. Se llamaba Numídico, y habia animado con sus fervorosas exhortaciones á un gran número de fieles encarcelados por la fe. Fue testigo de la heróica firmeza con que su esposa, á la que amaba tiernamente, habia padecido el suplicio del fuego por una causa tan justa; y él mismo habia sido apedreado y medio quemado hasta que le dejaron por muerto. Halló su hija yendo á recoger sus reliquias que estaba todavía con vida, le llevó á casa y reanimó sus espíritus, de modo que recobró las perdidas fuerzas. Colocóle algun tiempo despues San Cipriano en el número de los Sacerdotes de Cartago, donde manifestó constantemente su celo y las eminentes virtudes que le habian elevado á Sacerdote.

48. San Dionisio sentado en la Silla Episcopal de Alejandría, mostró igual valor. Esperó cuatro dias el aviso en su habitacion ordinaria, habiendo sabido de antemano que el Prefecto Sabino le habia de citar; pero le buscaron por otras partes, creyendo que no tendria valor para permanecer en su casa en un peligro tan inminente. Retiróse al fin el santo Pastor, temiendo tentar á Dios, y le acompañaron sus domésticos y muchos Cristianos; pero el mismo dia ca-

yeron en manos de los soldados y ministros de la justicia (1). Quiso ir á la casa Episcopal sin saber lo que pasaba, el Sacerdote Timoteo, que no se habia hallado con los demás: hallóla toda ocupada por los soldados, juzgó que Dionisio habia sido preso y huyó con precipitacion. Llevó corriendo la noticia á su casa vecina, en donde se celebraba á la sazón una boda, un Cristiano del campo que le encontró y supo el motivo de su terror: levantáronse de la mesa todos los convidados, fueron al sitio en donde estaba San Dionisio con sus compañeros y entraron gritando é intimidando á los soldados que huyeron sin oponer la menor resistencia. Como era de noche y el Obispo estaba ya acostado pacíficamente, creyó que sus libertadores eran otros tantos ladrones, y les presentó sus vestidos. *Diferente es nuestro intento*, le dijeron, *levantaos pronto y venid con nosotros*. Comprendiendo entonces su designio y acabándolos de conocer, les respondió: *retiráos si quereis darmé gusto, ó si pretendéis hacer alguna violencia, quitadme la vida, y dejad en paz á los que nos llevan*. Hiciéronle sin embargo levantar por fuerza, y como se asía de cuanto hallaba, lo cogieron por los pies y las manos, y á pesar de sus razones lo llevaron consigo; pusieronle luego sobre un asno, y le escoltaron hasta que estuvo fuera de todo peligro. El santo Prelado retiróse á un lugar solitario de la Marmarica, donde se quedó tan solo con dos Cristianos.

49. San Cipriano vióse precisado á ceder á las

(1) *Euseb. lib. 7. hist. cap. 11.*

circunstancias del tiempo, como uno de los mas ilustres Doctores de los Cristianos, y por consiguiente de los mas odiosos á los celadores del paganismo, los que conservaban interiormente un secreto y rabioso odio contra él; porque habiendo nacido Pagano como ellos y dádoles su ingenio las esperanzas mas lisongeras, los habia defraudado de estas ventajas en favor del cristianismo. Subió de punto este odio por la actividad del celo del Santo, que se mostró tan eficaz mientras la persecucion. Con sus palabras y con sus continuas cartas animaba al numeroso rebaño que regía. Por las sendas de la penitencia y del fervor guiaba todo su pueblo, y les mostraba los designios y la voluntad del cielo, que queria distinguir con pruebas muy dificiles el buen grano de la zizaña, y hacer revivir el espíritu de desinterés y santidad en la Iglesia. Irritó muy presto á los infieles este porte tan propio de un buen Pastor: repetidas veces se habia ya conmovido el pueblo idólatra estando reunido en el circo, y en el anfiteatro se habian oido con mucha frecuencia estos clamores y amenazas: *Cipriano á los leones, á los leones Cipriano.*

50. Al santo Obispo le importaba muy poco su seguridad, pero el interés de su Iglesia le determinó á retirarse, por no exasperar mas á los idólatras, si seguia presentándose siempre con la misma intrepidez. No estuvo tampoco ocioso en su retiro, pues unas veces escribia á sus Sacerdotes, y otras á los Confesores presos en las cárceles. „Os ruego, decia al clero de Cartago, que redobleis vuestro celo, para que que-

den cumplidos mis deberes con los vuestros, pues se me precisa á estar en esta soledad. No sean las presentes turbulencias causa de que sufra menoscabo la regularidad de la disciplina, ni se falte en lo mas mínimo á los miembros indigentes de Jesucristo, no solo los que padecen en las prisiones, sino tambien todos los que permanecen constantes en la fe. Con mas especialidad todavia cuidad de las viudas, de los enfermos y de los forasteros: repartidles lo que deposité en poder del Sacerdote Rogaciano, que yo, por si acaso la primera cantidad se hubiese ya consumido, he puesto otra en sus manos por medio del acólito Narico. Nuestro principal cuidado debe ser el de desarmar la cólera divina con nuestros humildes ruegos, ya que nuestros pecados han sido causa de esta tempestad; no es suficiente la oracion, es menester tambien el ayuno y las lágrimas con todo género de penitencias. Tened valor por algun poco de tiempo, que la paz volverá á reinar bien pronto entre nosotros: no lo pongais en duda, y afirmadlo así á los hermanos, porque el Señor se ha dignado revelarlo al mas indigno de sus siervos. Lo que la detiene un poco es que quedan todavia algunos que probar: entretanto que nos la concede el Señor, decid á los hermanos que usen de precaucion en sus visitas de caridad á los Confesores, y que no vayan muchos juntos á las cárceles. Cuidad tambien de que los Sacerdotes que ofrecen en aquel lugar el augusto Sacrificio, no concurren sino por turno y con un solo Diácono, con el fin de que la mudanza de personas